

EPILOGO

Clifford D. Simak

Aunque no lo parezca, ya han transcurrido más de treinta años desde la aparición de la serie de cuentos que formaron el inolvidable libro CIUDAD de Clifford D. Simak. A pesar de esto, la obra continúa teniendo la misma vitalidad que si hubiera sido escrita ayer. ¿Quién no se acuerda de la familia Webster, los robots (especialmente el robot Jenkins), los perros, las hormigas...? Esta es la historia final de la serie, escrita por Simak en 1973, y Nueva Dimensión se honra en publicarla por primera vez, ya que era inédita en castellano.

Todo sucedió de pronto en aquel único día, aunque no se sabe qué día pudo ser, pues Jenkins...

Cuando Jenkins cruzaba caminando el prado, el Muro se derrumbó...

Jenkins se sentó en el patio de Webster House y recordó aquel día ya tan lejano en el que el hombre de Ginebra había vuelto a Webster House y le había dicho a un perrito que Jenkins era también un Webster. Y aquél, se dijo Jenkins, había sido un día de orgullo para él...

Jenkins cruzaba caminando el prado para comunicarse con los ratoncitos de campo, para hacerse uno con ellos y correr un rato con ellos por los túneles que habían construido bajo la hierba. Aunque lo cierto es que no le producía demasiada satisfacción aquello. Los ratones eran seres estúpidos, que nada sabían y de nada en absoluto se preocupaban; pero había en ellos un cierto calor, una especie de seguridad y bienestar, pues vivían completamente solos en el mundo del prado y no había allí ningún peligro ni amenaza.

Nada quedaba que pudiese amenazarlos. Ellos eran lo único que había allí, aparte de ciertos insectos y gusanos que les servían de alimento.

En el pasado, recordaba Jenkins, le había asombrado a menudo el que los ratones se hubiesen quedado cuando todos los demás animales habían ido a unirse a los perros en uno de los mundos empedrados. Podrían haberse ido, desde luego. Los perros podrían haberse los llevado; pero ellos no habían manifestado el menor deseo de irse. Quizás se sintiesen satisfechos estando donde estaban; quizás tuviesen un sentido de hogar demasiado fuerte para irse.

Los ratones y yo, pensaba Jenkins. Porque también él podía haberse ido. Incluso podría irse ahora si lo deseara. Podría haberse ido en cualquier

momento. Pero, como los ratones, no se había ido. Se había quedado. No era capaz de abandonar Webster House. Sin ella, era sólo medio ser.

Así que se había quedado, y Webster House aún seguía en pie. Aunque no hubiese seguido en pie, se dijo, de no ser por él. El la había mantenido limpia y nueva, la había reparado. Cuando una piedra comenzaba a desmoronarse, la retiraba y la sustituía por otra que él mismo moldeaba, y aunque durante un tiempo pareciese nueva y ajena a la casa, acababa adquiriendo su color y su tono, gracias al viento, al sol y al aire y al musgo y los líquenes.

Había segado el césped de la entrada y podado los arbustos y los plantíos de flores. Había podado los setos. Desempolvaba a conciencia estanterías y muebles, barría los suelos... la casa aún seguía en pie. Y en condiciones lo bastante buenas, se decía con cierta satisfacción, para albergar a un huésped si apareciese uno alguna vez. Aunque no había esperanza alguna de ello. Los websters que se habían ido a Júpiter no eran ya webster, y los de Ginebra aún seguían durmiendo, si es que existían en realidad Ginebra y los websters que había en ella.

Pues las hormigas dominaban ahora el mundo. Habían convertido el mundo en un edificio, o eso suponía él, aunque realmente no podía saberlo. Pero, por lo que sabía, hasta donde alcanzaban sus sentidos robóticos (y su alcance era mucho), no había más que el gran edificio sin sentido que habían construido las hormigas. Aunque decir que carecía de sentido, se recordó, no era del todo justo. No había modo de saber a qué objetivos servía. No había medio de imaginar cuáles eran los propósitos de las hormigas.

Las hormigas habían cerrado el mundo, pero habían respetado Webster House, aunque él no tenía la menor idea de por qué lo habían hecho. Habían construido a su alrededor, convirtiendo Webster House y sus proximidades en una especie de patio abierto dentro de los límites del edificio, un círculo de más de ocho kilómetros de radio con centro en la colina donde aún se alzaba Webster House.

Jenkins cruzaba caminando el prado bajo la luz del sol otoñal, mirando cuidadosamente donde ponía el pie por miedo a hacer daño a los ratones. Aparte de los ratones, pensaba, estaba solo, y en realidad era igual que si no lo estuviese, pues de poco le servían los ratones. Los websters se habían ido, y también los perros y los demás animales. Los robots se habían ido también. Algunos de ellos habían desaparecido hacía mucho en el edificio de las hormigas para ayudar a éstas a construir su proyecto y los otros se habían ido a las estrellas. Ahora, pensó Jenkins, ya deben de haber llegado al lugar al que se dirigían. Se habían ido todos hacía ya mucho, y él se preguntaba ahora, por primera vez en muchas eras, cuánto tiempo habría transcurrido. Se dio cuenta de que no lo sabía y que nunca lo sabría ya, pues hacía mucho tiempo que había borrado por completo de su mente el sentido del tiempo. Había decidido deliberadamente dejar de computar el tiempo, pues en el mundo en el que él vivía, el tiempo carecía de sentido. Sólo más tarde comprendió que lo que en realidad había buscado era el olvido. Pero se había equivocado. Aquello no traía el olvido; él seguía recordando, aunque en secuencias dispersas y desordenadas.

El y los ratones, pensaba. Y las hormigas, claro. Pero en realidad las hormigas no contaban, pues no tenía ningún contacto con ellas. Pese a los sentidos agudizados y a las nuevas capacidades sensoriales, creadas en su cuerpo al nacer (su cuerpo que ya no era nuevo), que le habían proporcionado los perros tanto tiempo atrás, nunca había podido traspasar el muro del gran edificio de las hormigas para descubrir lo que pudiesen estar haciendo ellas allí dentro. Y no era que no lo hubiese intentado.

Caminando a través del prado, recordaba el día en que se había ido el último de los perros. Se habían quedado mucho más tiempo del que la fidelidad y la normal honradez exigían, y aunque les había reñido un poco por ello, aún notaba una agradable y cálida sensación en su interior cuando los recordaba.

Estaba sentado al sol, en el patio, cuando vinieron subiendo por la colina y se colocaron ante él como una banda de niños desobedientes.

—Nos vamos, Jenkins—dijo el jefe—. Nuestro mundo está haciéndose demasiado pequeño. No tenemos ya sitio para correr.

El asintió con un gesto, pues llevaba mucho tiempo esperándolo. Se había preguntado por qué no había sucedido antes.

—¿Y tú, Jenkins?—preguntó el perro Jefe.

—Yo debo quedarme—dijo Jenkins, meneando la cabeza—. Este es mi sitio. Debo quedarme aquí con los websters.

—Pero si aquí no hay websters.

—Claro que los hay —dijo Jenkins—. Para vosotros quizás no. Pero sí para mí. Para mí aún siguen vivos en las mismas piedras de Webster House. Viven en los árboles y en la ladera de la colina: éste es el techo que les albergó; ésta es la tierra por la que caminaron. Nunca pueden irse de aquí.

Sabía lo absurdo que esto debía sonar, pero los perros no parecían considerarlo una estupidez. Parecían comprender. Habían pasado muchos siglos, pero aún parecían comprenderse.

El había dicho que los websters aún seguían allí, y en aquel tiempo habían estado. Pero se preguntaba mientras cruzaba caminando el prado si seguirían aún allí. ¿Cuánto tiempo hacía que había oído pisadas escaleras abajo? Cuánto tiempo había transcurrido desde que se habían oído voces en el gran salón de la chimenea y, cuando miraba, no encontraba allí a nadie?

Y ahora, mientras Jenkins caminaba bajo la luz otoñal, apareció de pronto una gran fisura en la pared exterior del edificio de las hormigas, a dos o tres kilómetros de distancia. La fisura creció, descendiendo de la parte superior en una línea quebrada, ensanchándose mientras avanzaba, y ramificándose en fisuras más pequeñas. Trozos del material del que estaba construida la pared iban desprendiéndose y caían al suelo, rodando y saltando por el prado. Luego, de pronto, la pared a ambos lados de la grieta pareció desprenderse y

derrumbarse. Se alzó en el aire una nube de polvo y Jenkins permaneció allí contemplando el gran hueco abierto en la pared.

A los lados del hueco de la pared el inmenso edificio se alzaba como una cordillera circular, de la que brotaban aquí y allá picos más altos que la mole de la estructura.

Quedó abierto aquel hueco en el muro, y nada más sucedió. No salían de allí hormigas, ni robots corriendo frenéticos. Era, pensó Jenkins, como si las hormigas lo supiesen, o sabiéndolo no se preocupasen; como si el hecho de que por fin se hubiese abierto una brecha en su edificación no tuviese ningún significado.

Algo había sucedido, se dijo Jenkins con cierto asombro. Finalmente había pasado algo en aquel mundo webster.

Avanzó hacia el agujero del muro, sin prisa, pues no parecía necesario apresurarse. El polvo se asentó lentamente, y de vez en cuando se desprendían trozos adicionales del muro que caían al suelo. Se acercó a la brecha y, saltando por encima de los escombros, penetró en el edificio.

El interior no estaba tan claro como el campo, pero se filtraba aún bastante luz a través de lo que podría considerarse el techo del edificio. Pues el edificio, al menos en aquella parte, no estaba dividido en plantas, sino vacío desde el suelo hasta la parte superior de la estructura, formando un gran espacio abierto hasta las torres más altas.

Una vez dentro, Jenkins se detuvo sorprendido, pues a primera vista parecía que en el edificio no había nada. Luego vio que no era así, pues aunque la mayor parte del edificio pudiese estar vacío, el suelo era casi todo irregular, y la irregularidad se debía, según comprobó, a monstruosos hormigueros en cuyas cúspides se veía un extraño adorno de un metal que brillaba a la difusa luz que se filtraba del techo. Los hormigueros estaban entrecruzados por lo que parecían pequeños senderos, todos ellos descuidados y rotos, interrumpidos en algunas zonas por los aludes en miniatura que se producían en las laderas de los hormigueros. De cuando en cuando brotaban también chimeneas, pero no salía humo de ellas. Algunas estaban caídas y otras torcidas o medio hundidas.

No había rastro alguno de hormigas.

Entre los hormigueros había pasillos, y, caminando con cuidado, Jenkins se abrió paso entre ellos, penetrando aún más en el edificio. Todos los hormigueros eran como el primero, todos parecían muertos, con las chimeneas medio caídas y los caminos en mal estado, sin ningún signo de vida.

Por fin pudo determinar lo que eran aquellos adornos que había en la cúspide de cada hormiguero, y, quizás por primera vez en su vida, Jenkins se sintió estremecido por la risa. No podía recordar haberse reído nunca antes, pues siempre había sido un robot serio y concienzudo. Pero ahora se detuvo

entre los abandonados hormigueros y se llevó las manos a los costados, como un hombre atacado por la risa, y dejó que ésta le recorriese.

Pues el adorno era una pierna y un pie humanos, desde mitad del muslo hasta el pie, con la rodilla doblada y el pie extendido, como si fuese a dar una violenta patada a algo.

¡El pie de Joel ¡El pie del mutante loco Joe!

Hacía tanto que lo había olvidado; sintió un cierto placer al descubrir que había algo que había olvidado, que era capaz de olvidar, pues había llegado a creer que no lo era.

Pero recordó entonces la historia casi legendaria del lejano principio, aunque él sabía que no era legendaria, sino que había sucedido realmente, pues había habido un mutante humano llamado Joe. Se preguntó qué les había sucedido a aquellos mutantes. Al parecer no demasiadas cosas. Durante un tiempo hubo allí unos cuantos, pocos, quizás demasiado pocos. Y luego habían desaparecido, y el mundo había seguido su curso como si nunca hubieran existido.

Bueno, no exactamente como si nunca hubieran existido, pues allí estaba el mundo de las hormigas y allí estaba Joe. Joe, según la historia, había hecho experimentos con un hormiguero. Lo había cubierto con una cúpula y lo había calentado, y quizás hubiese hecho también otras cosas... otras cosas que nadie más que Joe sabía. Había alterado el medio ambiente de las hormigas, y de algún modo había implantado en ellas una oscura chispa de grandeza; y con el tiempo, las hormigas habían desarrollado una cultura intelectual, si podía decirse que las hormigas eran capaces de desarrollar una inteligencia. Luego Joe había pasado y dado una patada al hormiguero, rompiendo la cúpula, devastando el hormiguero, y se había alejado con aquella risa extraña, ruidosa y casi loca característica de él. Había destruido el hormiguero y después se había alejado de allí sin preocuparse. Pero con aquella patada había empujado a las hormigas hacia la grandeza. Enfrentadas con la adversidad, no habían vuelto a sus viejos y estúpidos sistemas de hormigas, sino que habían luchado por salvar lo que habían obtenido. Lo mismo que la era glacial del pleistoceno empujó a la raza humana a la grandeza, así el pie del mutante humano Joe había empujado a las hormigas.

Al pensar esto, asaltó a Jenkins un súbito y lógico pensamiento. ¿Cómo podrían haber sabido aquello las hormigas? ¿Qué hormiga u hormigas habían sentido o visto, tanto tiempo atrás, la patada que había brotado de la nada? ¿Lo habría visto todo, acaso, alguna hormiga astrónomo que miraba por su telescopio? Pero esto era ridículo, pues no podía haber habido ninguna hormiga astrónomo. Y sin embargo, ¿cómo podían haber establecido una conexión entre la borrosa forma que había golpeado un instante, muy por encima de ellas, la cúpula, y el verdadero comienzo de la cultura que habían construido?

Jenkins meneó la cabeza. Aquello era algo que quizás nunca llegaría a saber. Pero, de algún modo, las hormigas lo habían sabido, y habían

construido en la cúspide de cada hormiguero el símbolo de aquella forma mística. ¿Sería un monumento conmemorativo o un símbolo religioso? Quizás fuese algo totalmente distinto, que encerrase algún oscuro objetivo o algún significado que sólo una hormiga podía concebir.

Se preguntó vagamente si no tendría alguna relación el verdadero reconocimiento por parte de las hormigas de su grandeza con el que no hubiesen invadido Webster House, pero no ahondó en este pensamiento porque comprendió que era demasiado nebuloso para que mereciese la pena perder el tiempo en ello.

Penetró más en el edificio, siguiendo los estrechos senderos que corrían entre los hormigueros, y buscó con su mente signos de vida, pero no había ninguno. No había vida alguna, no había el menor indicio que revelase la existencia de aquellos pequeños organismos que deberían cubrir el suelo.

Había un silencio y un vacío que conjuraban una atmósfera de horror, pero se obligó a seguir su camino, pensando que sin duda encontraría, un poco más allá, un signo de vida. Se preguntó si no debería gritar con el fin de llamar la atención, pero la lógica le decía que las hormigas, si es que andaban por allí, no oírían sus gritos, y además se sentía extrañamente reacio a hacer cualquier clase de ruido. Como si aquél fuese un lugar en el que uno debía mantenerse pequeño y furtivo.

Todo estaba muerto.

Incluso el robot que halló.

Estaba tendido en uno de los senderos, recostado en un hormiguero, y se encontró con él al rodear éste. Allí estaba desmadejado y flácido, si es que se puede decir tal cosa de un robot y Jenkins al verle se quedó paralizado en el sendero. No cabía duda, estaba muerto; no podía percibir la menor palpitación de vida dentro de aquel cráneo, y en aquel instante de revelación le pareció como si el mundo se paralizase.

Pues los robots no mueren. Se agotan, quizás, o se estropean hasta el punto de que no es posible repararlos ya; pero, incluso entonces, la vida continúa latiendo en sus cerebros. Nunca en su vida había oído hablar de que hubiese muerto un robot, y si alguna vez hubiese muerto alguno se habría enterado sin duda.

Los robots no morían, pero allí había uno muerto, y algo parecía decirle que no era sólo aquél, sino que habían muerto todos los robots que servían a las hormigas. Todos los robots y todas las hormigas y aun el edificio parecían un vacío símbolo de alguna disparatada ambición, de un error cultural. Las hormigas se habían equivocado en algún sitio. ¿Se habrían equivocado—se preguntaba—porque Joe había construido una cúpula? ¿Se había convertido la cúpula en principio y fin de todo? ¿Habrían creído las hormigas que su grandeza estribaba en la construcción de una cúpula, que para progresar en su grandeza era necesaria una cúpula?

Jenkins huyó. Y en su huida vio aparecer, muy arriba, en el techo, una grieta, y hubo un estruendo y la grieta serpenteó hacia abajo.

Se lanzó por el hueco del muro y corrió por el prado. Oyó tras él el atronar de la parte del techo que se hundía. Se volvió y vio cómo se derrumbaba aquel pequeño sector del edificio, cómo se desplomaban sus fragmentos sobre todos aquellos hormigueros muertos, aplastando los emblemas del pie humano que tenían en sus cúspides.

Jenkins se volvió, cruzó el prado lentamente y subió la ladera hasta la colina donde estaba Webster House. Desde el patio vio que el derrumbe del edificio se había detenido por el momento. Había caído un trozo mayor de muro y un gran agujero se abría en la estructura que sostenía.

Pensó que aquel incomparable día de otoño era el principio del fin. El había sido testigo del principio de todo, y lo sería también del final. Se preguntó una vez más cuánto habría durado, y lamentó por un instante, aunque con no demasiada intensidad, no haber hecho un cómputo del tiempo.

Se habían ido los hombres, los perros se habían ido, y se habían ido todos los robots salvo él. Ahora se habían ido las hormigas, y no había en la Tierra más que un pesado robot y unos cuantos ratones de campo. Aún podría haber peces, pensó, y otros animales marinos, y pensó en aquellas criaturas del mar. Inteligencia, pensó. Pero es difícil que la inteligencia nazca, y no perdure. Más adelante quizás surja otra inteligencia del mar, pensó, aunque en el fondo sabía que era sumamente improbable.

Las hormigas se encerraron ellas mismas, pensó. El suyo había sido un mundo cerrado. ¿Sería por no tener un lugar al que pudieran ir por lo que habían fallado? ¿O porque el suyo había sido un mundo cerrado desde el principio? Había en el mundo hormigas desde el Jurásico, 180 millones de años atrás, y probablemente desde antes. Millones de años antes de que apareciesen los antepasados del hombre, las hormigas habían creado un orden social. Habían avanzado sólo hasta allí; habían creado su orden social y se habían contentado con él... ¿sólo porque era lo que querían, o porque no pudieron avanzar más? Habían conseguido seguridad, y en el Jurásico, y durante millones de años más, la seguridad había sido bastante. La cúpula de Joe había servido para reforzar aquella seguridad, y les había permitido así desarrollarse más, si conservaban capacidad para desarrollarse. Era evidente, por supuesto, que tenían esa capacidad; pero, se decía Jenkins, la vieja idea de seguridad había seguido prevaleciendo. No habían sido capaces de superarla. Quizás no hubiesen llegado a intentarlo nunca, en realidad quizás nunca hubiesen considerado que era algo que tenían que quitarse de encima. ¿Las habría matado—se preguntaba Jenkins—aquella vieja y cómoda felicidad?

Con un sonoro estruendo cuyo eco se perdió en el horizonte, se derrumbó otra parte del techo.

¿Qué perseguirían las hormigas? se preguntó Jenkins. Mantener una seguridad. ¿Y que más? Atesorar, quizás. Recoger todo lo que tuviese valor y

almacenarlo para el futuro. Esto no sería en realidad, comprendió, más que otra faceta del fetiche de la seguridad. Una especie de religión, quizás; el símbolo del pie humano que había en las cúspides de los hormigueros podría haber sido religioso. y también seguridad para las almas de las hormigas. ¿La conquista del espacio? Y quizás las hormigas hubiesen conquistado el espacio, se dijo Jenkins. Para una criatura del tamaño de una hormiga, la Tierra debía parecer ya una galaxia inmensa. Conquistar una galaxia sin tener idea de que tras ella había otra aún mayor. E incluso la conquista de una galaxia podría ser otra especie de seguridad.

Todo era falso, comprendió Jenkins. Estaba atribuyendo a las hormigas el proceso mental humano, y el asunto quizás fuese más complicado. En la mente de la hormiga quizás hubiese un fermento especial, un enfoque extraño, una ecuación ética desconocida que no hubiese existido nunca, que nunca pudiese existir, en la mente del hombre.

Pensando esto comprendió con horror que al trazar una imagen de las hormigas había trazado la de los hombres.

Encontró una silla y se sentó a contemplar al fondo del prado el lugar donde aún seguía derrumbándose el edificio de las hormigas.

Pero los hombres habían dejado algo tras ellos, se dijo Jenkins. Habían dejado los perros y los robots. ¿Qué habían dejado las hormigas, si es que habían dejado algo? Nada, al parecer... Pero, ¿cómo podía estar seguro de ello?

Un hombre no podía saberlo, se dijo Jenkins, ni tampoco un robot, pues un robot era un hombre, no sangre y carne como un hombre, pero sí todo lo demás. Las hormigas habían creado su sociedad en el Jurásico, o antes, y habían vivido dentro de su estructura durante millones de años, y quizás ésa fuese la razón de su fracaso: la sociedad del hormiguero estaba tan grabada en ellas que no podían desprenderse de ella ni quebrarla.

¿Y yo?, se preguntó Jenkins. ¿Cuál es mi situación? Tengo tan grabada, tan profundamente grabada la estructura social del hombre como la hormiga la suya. Durante menos de un millón de años, pero durante mucho, muchísimo tiempo, había vivido, si no en la estructura de la sociedad del hombre, sí en el recuerdo de esa estructura. Y había vivido en él, se daba cuenta, porque le ofrecía la seguridad de un viejo recuerdo.

Seguía tranquilamente sentado allí, pero asombrado por este pensamiento... o al menos por el hecho de que pudiese permitirse tal pensamiento.

—Nunca llegamos a saber—dijo en voz alta—. Nunca llegamos a conocernos a nosotros mismos.

Se retrepó en la silla y pensó lo antirrobótico que era sentarse en una silla. El nunca se sentaba. Es el hombre que hay en mí, pensó. Dejó que su cabeza se asentara contra el respaldo y que descendieran sus filtros ópticos,

bloqueando la luz. Dormir, pensó... ¿Qué sería el sueño? Quizás el robot que estaba tendido sobre el hormiguero... pero no, aquel robot estaba muerto, no dormido. Todo aquello era absurdo, se dijo. Los robots ni duermen ni mueren.

Llegaban a él sonidos. El edificio aún seguía derrumbándose, y afuera, en el prado, la brisa otoñal acariciaba la hierba.

Prestó atención para ver si oía el rumor de los ratones corriendo por sus túneles, pero por una vez los ratones estaban quietos. Estaban agazapados, esperando. Sentía que estaban esperando. Deben saber de algún modo, pensó, que algo va mal.

Y otro sonido, un susurro, algo que jamás oyera, algo totalmente extraño.

Alzó sus filtros y se incorporó bruscamente, y vio frente a él la nave que aterrizaba en el prado.

Los ratones corrían ahora, asustados, y la nave se posaba como un milano sobre la hierba.

Jenkins se levantó de un salto y activó sus sentidos, pero su sonda quedó detenida en la superficie de la nave. No podía traspasarla lo mismo que no había podido traspasar el muro del edificio de las hormigas antes de que aquel sector se derrumbara.

Se quedó allí inmóvil, en el patio, desconcertado por aquel objeto inesperado. Y era un desconcierto muy explicable, pensó, pues hasta entonces no había sucedido ningún hecho inesperado. Días, años y siglos se habían sucedido tan iguales que resultaba imposible diferenciarlos. El tiempo había fluido como un poderoso río, sin cambios bruscos. Y de pronto el edificio se había derrumbado y había aterrizado una nave.

Se abrió en la nave una escotilla y brotó luego una escala. Por ella descendió un robot, que se dirigió prado arriba hacia Webster House. Se detuvo al borde del patio.

—Hola, Jenkins—dijo—. Supuse que te encontraríamos aquí.

—Tú eres Andrew, ¿verdad?

—Vaya, me recuerdas —dijo Andrew con una risilla.

—Yo lo recuerdo todo—dijo Jenkins—. Fuiste el último en irte. Tú y otros dos terminásteis la última nave y luego dejásteis la Tierra. Yo os vi marchar. ¿Qué encontrásteis por ahí afuera?

—Tú solías llamarnos robots salvajes —dijo Andrew—. Supongo que pensabas que lo éramos. Pensabas que estábamos locos.

—Poco normales—dijo Jenkins.

—¿Qué es lo normal? —preguntó Andrew—. ¿Vivir en un sueño? ¿Vivir para un recuerdo? Debes estar cansado ya de eso.

—Cansado no... —dijo Jenkins, arrastrando la voz, y añadió—: Andrew, las hormigas han fracasado. Han muerto todas. Su edificio está cayéndose.

—Es asunto de Joe—dijo Andrew—. Y de la Tierra. Ya no queda nada.

—Hay ratones—dijo Jenkins—. Y está Webster House.

Pensó otra vez en el día que los perros le dieran un nuevo cuerpo como regalo de cumpleaños. Era un cuerpo maravilloso. No podía mellarlo ni un martillo pilón, y jamás se oxidaría, y poseía un equipo sensorial como él nunca soñara. Continuaba llevándolo, y aún estaba como nuevo; cuando limpiaba un poco el pecho, aún destacaba simple y claro el grabado: "A Jenkins, de los Perros".

Había visto partir a los hombres hacia Júpiter para convertirse en algo más que hombres, y a los websters hacia Ginebra, hacia una eternidad de sueños; a los perros y a otros animales hacia uno de los mundos empedrados, y ahora, finalmente, las hormigas se habían extinguido.

Le sorprendía el que la extinción de las hormigas le hubiese impresionado tanto. Como si de pronto alguien hubiese llegado a poner punto final a la historia escrita de la Tierra.

Los ratones, pensó. Los ratones y Webster House. Y aquella nave en el prado.

¿Podía ser suficiente aquello? Intentó pensar: ¿Se había desgastado el recuerdo? ¿Había pagado ya la deuda que debía? ¿Se había ~espr~n~;~o y~ ~t;m~ grado de devoción?

—Hay muchos mundos por ahí fuera —decía Andrew—, algunos con vida. Incluso con seres inteligentes. Hay trabajo que hacer.

Podía ir al mundo empedrado donde se habían establecido los perros. Mucho tiempo atrás, en el lejano principio, los websters se habían ido para que los perros pudiesen desarrollar libremente su cultura sin interferencias humanas. Y él había de hacer lo mismo que los websters, pues era, al fin y al cabo, un webster. No podía estorbarlos; no podía interferir.

Había intentado olvidar, ignorar el tiempo, y no había podido, pues ningún robot puede olvidar.

Había pensado que las hormigas nunca habían contado. Le habían irritado, había llegado incluso a odiarlas, pues de no ser por ellas aún seguían allí los perros. Pero ahora sabía que toda vida cuenta.

Aún estaban los ratones, pero a los ratones era mejor dejarlos solos. Eran los últimos mamíferos que quedaban en la Tierra, y nadie los obstaculizaba. Ellos ni querían ni necesitaban a nadie, y se las arreglarían muy bien solos. Se

forjarían ellos su propio destino, y si éste era seguir siendo ratones, nada de malo había en ello.

—Vamos de paso—dijo Andrew—. Quizás no volvamos a pasar nunca.

Habían salido de la nave otros dos robots y caminaban por el prado. Cayó otra sección del muro y con ella otro sector de techo. Desde donde estaba Jenkins el sonido llegaba apagado y parecía proceder de un punto mucho más lejano.

Así que no quedaba más que Webster House, y Webster House era sólo un símbolo de la vida que había albergado en otros tiempos. Sólo era piedra, madera y metal. Sólo tenía significado, se dijo Jenkins, en su mente, sólo era un concepto psicológico sustentado por él.

Acorralado, admitió la última y dura verdad. Ya no era necesario allí. Sólo quedaba él.

—Tenemos sitio para ti—dijo Andrew— y te necesitamos.

Mientras había hormigas no se había planteado el problema. Pero ahora las hormigas habían desaparecido. ¿Y que más daba? A él, de todos modos, no le gustaban las hormigas.

Jenkins se volvió y caminó con paso inseguro hacia la puerta que conducía a la casa. Las paredes le gritaban. Y brotaban también voces de la sombra del pasado. Se detuvo y las escuchó, y percibió algo extraño que le impresionó. Las voces estaban allí, pero él no oía las palabras. En otros tiempos habían sido palabras, pero ahora las palabras habían desaparecido. ¿Desaparecerían también las voces con el tiempo? ¿Qué pasaría—se preguntaba—cuando la casa se quedase silenciosa y solitaria, cuando todas las voces se hubiesen ido y se hubiesen apagado los recuerdos? Estaban desvaneciéndose ya, lo sabía. Ya no eran claros y agudos; habían ido debilitándose con los años.

En otros tiempos había reinado allí la alegría, pero ahora había sólo tristeza, y no sólo era, lo sabía, la tristeza de la casa vacía; era la tristeza de todo lo demás, la tristeza de la Tierra, la tristeza de los fracasos y de los triunfos inútiles.

Con el tiempo se pudriría la madera y se fragmentaría el metal; con el tiempo la piedra sería polvo. Con el tiempo no habría casa, sólo un pequeño montículo que indicaría dónde había estado la casa.

Todo aquello era por vivir demasiado, pensó Jenkins: por vivir demasiado y por no ser capaz de olvidar. Esto sería lo más duro de todo; nunca olvidaría.

Se volvió, cruzó el patio. Andrew le esperaba al pie de la escalerilla que llevaba al interior de la nave.

Jenkins intentó decir adiós, pero no pudo decir adiós. Si al menos pudiese llorar, pensó; pero un robot no podía llorar.

